



Universidad Nacional de Rosario.

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

“El objeto en las adicciones”

Autor: Yáñez, Maximiliano.

Legajo: Y-5013/1

Docente responsable: Garibaldi, Haideé.

Año 2018

## **Índice**

Resumen y palabras claves	2
Desarrollo	
Contexto histórico	3
Función del objeto	7
Discursos	12
Conclusión	
Para terminar	13
Referencias bibliográficas	17

## Resumen y palabras claves

El consumo de sustancias no ha sido siempre el mismo, se ha ido modificando con el paso del tiempo. En sociedades antiguas, las sustancias eran consumidas en rituales, era un acto lleno de sentido simbólico. En la actualidad, en cambio, el consumo de sustancias psicoactivas está dirigido a alterar la conciencia para devenir otro.

Actualmente existen muchos prejuicios sobre el consumo de sustancias, se las asocia con la marginalidad, la delincuencia y la ilegalidad. Por ello es importante destacar que existen diversos discursos que se han ocupado y se ocupan del fenómeno de las adicciones, produciendo diversos efectos. En consecuencia abordaré brevemente el modelo abstencionista-prohibicionista, que se encuentran atravesados por discursos médico-jurídicos. Por otro lado, desarrollaré el aporte del discurso psicoanalítico en relación al objeto en el campo de las adicciones, destacaré la importancia de su incumbencia en esta problemática e intentaré desarrollar algunas reflexiones que nos propone en relación al lugar que ocuparía el objeto.

Asimismo, trabajaré con tres hipótesis: La primera, el objeto en las adicciones estaría ligado al objeto *a*. La segunda, posiblemente se consume no solo *aunque* haga mal, sino también *porque* hace mal. La tercera, las adicciones funcionarían como discurso auxiliar, permitiendo a los sujetos establecer lazos con otros.

Además, en el ensayo aparecerán algunos relatos que corresponden a usuarios internos de una comunidad terapéutica denominada Volver a la Vida, en la que desarrolle mis prácticas como residente.

Palabras claves: Objeto a- Discurso auxiliar- Psicoanálisis

## Contexto histórico

En este ensayo pretendo abordar la problemática del objeto en las adicciones, pero antes de comenzar a realizar un análisis del estatuto del objeto, me parece relevante reflexionar sobre los temores y prejuicios que genera a nivel social este fenómeno. La *representación social* que se encuentra ligada al consumo problemático, muchas veces reproducida por los medios masivos de comunicación, es la de que el adicto tiene relación con la ilegalidad, delincuencia y la marginalidad. En efecto, tal como plantea Benedetti:

Las representaciones sociales promedio sobre estas problemáticas, producidas y reproducidas por la mayoría de los medios de comunicación, asocian mecánicamente el consumo de drogas con adicciones-ilegalidad-delincuencia y /o marginalidad, y su tratamiento el encierro; la internación, las comunidades terapéuticas, la prohibición de las sustancias en cuestión y/o la estrategia abstencionista en general (Benedetti, 2015, p.17).

Asimismo, el tratamiento para el considerado *adicto*, que mayormente se ha promocionado es el de encierro, internación, las comunidades terapéuticas, la prohibición de la sustancia en cuestión, y la abstinencia. Es decir, quitarle al usuario la sustancia, aislarlo del contexto, muchas veces de la *mala junta*, un entorno problemático. Desde esta perspectiva se apunta a un tratamiento que hace hincapié en la prohibición del consumo, sin reflexionar sobre la función de la sustancia allí.

Ahora bien, el fenómeno del consumo es propio de nuestra sociedad, es posible situar el contexto histórico de su apogeo en relación al advenimiento del sistema capitalista. Consiguientemente, cabe aquí remarcar una de las cualidades de este sistema: ofrecer

una gran cantidad de objetos, generando en la sociedad una gran demanda de consumo. Estos objetos son ofrecidos para todos los individuos de igual modo, desconociendo la singularidad de cada quien. Hay que tener en cuenta que, estos objetos que el mercado ofrece son cada vez más y su variedad excede a los objetos a los que refiere este ensayo, sin embargo, es importante situar que pertenecen a un mismo sistema: el de ofertas y demandas. Con esto quiero decir que, dentro de los objetos de consumo que el mercado ofrece, encontramos las sustancias psicoactivas, que pese a que sean ilegales, son al igual que los otros objetos una mercancía más.

Esta caracterización del mercado no podría omitir el papel desempeñado por la publicidad: Mediante imágenes, frases y slogans proclamados como ideales, sobrevalora objetos que ponen en juego ciertas particularidades que conciernen al consumidor. Estos slogans se dirigen a la apariencia que puede brindar cierto objeto. De este modo, podríamos afirmar que la publicidad mediante diversos mandatos de consumo proclama objetos como posibles obturadores de aquello que angustia. Por ejemplo, recuerdo una publicidad de una marca de café, la misma establece el siguiente diálogo entre un hombre y una mujer:

El: Che amor, me parece que no era un perro muy para departamento

Ella: (Piensa: te lo dije )

El: Creció un poquito más de lo que decía internet,¿ no ?

Ella: Puede ser... (Piensa: te lo dije)

El: Encima está perdiendo mucho pelo

Ella: Puede ser que si, nos podemos mudar a un departamento con patio (Piensa: te lo dije y me lo voy a guardar)

La publicidad finaliza con una frase contundente: *Sabiduría es como te lo tomas*. De esta manera, promoviendo a través de slogans ciertos ideales la publicidad no es el *mensaje*, es el *masaje* que adormece, tranquiliza, y distrae de toda implicación en aquello que aqueja.

En ese sentido, todo este contexto trae aparejado múltiples transformaciones en la subjetividad. Por ejemplo, los individuos no son más considerados *ciudadanos*, sino *consumidores* de objetos que el mercado ofrece. En efecto, tal como lo señala Galende (2008), a diferencia del ciudadano tradicional, las personas actualmente están clasificadas según los objetos que consumen. Es decir, las marcas y precios del objeto que se consume definen al individuo socialmente. En ese sentido, es interesante observar cómo los lazos se modifican continuamente en relación a los objetos, basta con observar cómo el uso de celulares, alcohol, estupefacientes, psicofármacos, transforman el vínculo con el otro. Tampoco podemos negar la introducción del narcotráfico, que por otro lado, obedece a leyes capitalistas: *la oferta y la demanda*. Aquí me gustaría introducir a César González, quien expresa:

La situación en cuanto a circulación de droga y su respectiva oferta y demanda no varía demasiado de las reglas rígidas del mercado legal de productos. “A más cantidad menos calidad”, me justificó un día otro transa cuando le exigí explicaciones por haberme vendido un faso con más gusto a yerba mate que otra cosa -. (González,2010,p.1)

En efecto, es importante poner en discusión aquella frase tan reproducida: *el consumo problemático*, en vistas de problematizar también la *problemática de la oferta*. En ese sentido, recuerdo que un usuario en la comunidad terapéutica donde realice mi residencia, relataba que varias veces al no encontrar su *dealer*, se dirigía a distintos bunkers y terminaba comprando cualquier sustancia con tal de consumir.

Por ello, resulta sustancial tener en cuenta el lugar que poseen los objetos en nuestra sociedad, efecto de la oferta existente en el mercado y de la aparición del individuo como *consumidor*. Como afirma Galende (2008), en sociedades antiguas, las sustancias eran consumidas en rituales, en reuniones festivas. Su circulación estaba marcada por el ritmo del ritual colectivo, era un acto lleno de sentido simbólico que permitía aliviar el peso de la existencia a partir de un *viaje*. En la actualidad, en cambio, no se trata de este consumo. Desde hace décadas el consumo de sustancias psicoactivas está dirigido a alterar la conciencia para eliminar inhibiciones, eliminar la fatiga del cuerpo, aliviar el peso de la existencia, y así devenir otro, potente y *sin angustia*. No obstante, es importante aclarar que, no todo aquel que consume es adicto.

Podemos comenzar a entrever que la demanda/consumo de sustancias está atravesada por cuestiones que van más allá de la lógica capitalista, con ella me refiero a que mediante el consumo se podrían velar ciertos malestares y angustias de aquellos que las consumen. Ahora bien, ante esta modalidad de consumo; ¿Qué hacer? ¿Qué función ocuparía este objeto allí?

## **Función del objeto**

Una posible respuesta a estos interrogantes podría ser que el objeto estaría en relación al objeto  $a$ . El objeto  $a$  es la invención de Lacan, quien en su seminario X lo plantea como aquel resto de la constitución del sujeto en el campo del Otro. “Hay en el sentido de la división, un resto, un residuo. Ese resto, ese Otro último, ese irracional, esa prueba y única garantía, a fin de cuentas de la alteridad del Otro, es el  $a$ .” (Lacan, 1963,p.36) En ese sentido, este objeto es un resto irreductible y no se puede especularizar. Ahora bien, la única traducción subjetiva de este objeto es la angustia, (esto no significa que este objeto sea solo un reverso de la angustia) y es este resto el que causa el deseo. En la clase IV denominada *Más allá de la angustia de castración* hace referencia a que la imagen en el lugar de  $i'(a)$ , en el esquema óptico del que se sirve, que está en el lugar del Otro, a pesar de que este la autentifique, es falaz, y está caracterizada por una falta. El deseo está velado allí, y a la vez puesto en relación con una ausencia, una ausencia que posibilita que haya una presencia en otra parte. Esa presencia a la que se refiere Lacan es el  $a$  inaprensible para el sujeto. Entonces, en este lugar de la falta, donde es posible que algo aparezca en su lugar, ubica al  $-phi$ . Me parece pertinente graficarlo con la experiencia del denominado Estadio del Espejo:

aqueel momento de júbilo en que el niño, captando en la experiencia inaugural del reconocimiento en el espejo, se asume como totalidad que funciona en cuanto tal en su imagen especular.(...) Se vuelve hacia quien lo sostiene, que se encuentra ahí detrás.(...) Parece pedir a quien lo sostiene- y que representa aquí al Otro con mayúscula- que ratifique el valor de esta imagen. (Lacan, 1963, p.42)

Pero más allá de la identificación especular, de la imagen unificada del cuerpo,(aunque de manera anticipada ya que el niño se encuentra sumido en una impotencia motriz) existe un resto que queda por fuera de ella y que no será especularizable, ese resto es el  $a$ . “ese objeto cuyo estatuto escapa al estatuto del objeto derivado de la imagen especular” (Lacan, 1963, p.50)

Ahora bien, cuando el objeto  $a$  se presentifica suscita angustia, el tiempo de esta última no está ausente en la constitución del deseo. Como afirma Lacan: *la angustia no es sin objeto*, ese objeto es el  $a$ . En consecuencia, si la traducción subjetiva del objeto  $a$  es la angustia, esta misma podría ser cancelada mediante un objeto con el que se tape, vele, este objeto  $a$ . En ese sentido, podría ocurrir que existan objetos que podrían velar este vacío, como una modalidad de arreglárselas con la falta de objeto, con el  $a$ .

Al respecto, me parece pertinente agregar aquí otro relato que escuché mientras hacía mis residencias, allí un usuario en el marco de un grupo terapéutico relataba que comenzó a consumir cuando su mujer le pidió el divorcio. Antes de aquel pedido no tomaba, pero una vez divorciado no pudo parar de consumir: “yo caí en la droga cuando mi mujer me pidió el divorcio” comentaba “L”.

Siguiendo esta lógica, es interesante lo que plantea Freud en cuanto a la función de los Narcóticos:

Tal como nos ha sido impuesta, la vida nos resulta demasiado pesada, nos depara excesivos sufrimientos, decepciones, empresas imposibles. Para soportarla, no podemos pasarnos sin lenitivos («No se puede prescindir de las muletas», nos ha dicho Theodor Fontane). Los hay quizá de tres especies: distracciones poderosas que nos hacen parecer pequeña nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reducen;

narcóticos que nos tornan insensibles a ella. Alguno cualquiera de estos remedios nos es indispensable. (S. Freud, 1930,p.75)

En efecto, el objeto vendría a calmar cierto dolor en cada quien; un malestar que no es ajeno a la relación que se mantiene con otros seres humanos. Esto es, el par amor-odio que hace a la relación con otros, resulta algo que de alguna manera hay que aliviar.

Recuerdo otro usuario de Volver a la Vida que en un grupo relataba acerca del efecto *aliviador* que le generaba la sustancia. Comentaba que cuando no estaba en consumo comenzaba a sudar y le dolía la cabeza. Además, relataba que cuando se siente así no aguanta más, quiere tomar una *bolsa* para que se le pase. Comenta que cuando consume, por un momento escapa de la realidad, pero que es muy pasajero. Luego, cuando el efecto desaparece, *le pega un terrible bajón*. Finalmente, con voz entrecortada relata que, cuando está en consumo, trata muy mal a sus seres queridos.

Tal como lo expresa Freud :

Se atribuye tal carácter benéfico a la acción de los estupefacientes en la lucha por la felicidad y en la prevención de la miseria, que tanto los individuos como los pueblos les han reservado un lugar permanente en su economía libidinal. No sólo se les debe el placer inmediato, sino también una muy anhelada medida de independencia frente al mundo exterior. Los hombres saben que con ese “quitapenas” siempre podrán escapar al peso de la realidad, refugiándose en un mundo propio que ofrezca mejores condiciones para su sensibilidad. También se sabe que es precisamente esta cualidad de los estupefacientes la que entraña su peligro y su nocividad. (Freud, 1930, p.78)

Por ello, me resulta adecuado nominar a la sustancia mediante el término griego *pharmakon*, este es el antiguo nombre que se le otorgaba a la sustancia, su valor reside en que tiene un doble sentido: por un lado es *remedio* y por otro es *veneno*. De este modo, la satisfacción del objeto no escapa a la paradoja que supone el goce. Este, tal como lo plantea Lacan, sería aquel campo que está más allá del principio del placer, y que se rige mediante la pulsión de muerte –compulsión a la repetición-. Por tanto, el goce es un exceso de placer, que paradójicamente genera displacer; sufrimiento. En consonancia con ello, una de las cualidades de este goce es su repetición, el sujeto no puede parar de consumir, repite aquello que le genera placer-displacer. Tal y como comentaba un usuario en el marco de un grupo terapéutico:

Yo me re alivio cuando tomo, me siento muy bien, se me van todos los mambos que tenía antes. Pero después de ese estado pinta el re bajón, a veces estoy peor de como estaba antes de consumir. Además, bato cualquiera cuando estoy duro, trato para la mierda a los que quiero y eso me duele porque no me gusta hacerlo. La otra vez que me vinieron a visitar mi mujer y mis hijos no les di ni cabida porque estaba re loco. Eso me duele pero en el momento no puedo hacer nada

En relación a este goce, basta observar que, pese a la cantidad de propaganda acerca de lo malévolos de la droga, los usuarios no dejan de consumirla. Podríamos afirmar, a modo de hipótesis: no solo se consume *aunque* haga mal, sino también, se consume *porque* hace mal. Ahora bien, ante esta modalidad de goce; ¿qué hacer?

Continuando con la lógica del estatuto del objeto, Anabel Salafia en su libro *Esquizia y Necesidad de discurso* (1990), realiza un interesante aporte que permite pensar las

adiciones como discurso auxiliar. En ese sentido, Salafia coincide con Lacan en que todos somos hijos del discurso y como consecuencia de ello el único vínculo que liga a los seres hablantes es el hecho de que hablan. Sin embargo, Salafia pone el acento en que por efecto de un mal encuentro o desencuentro un sujeto puede quedar por fuera del discurso, y por ende del lazo social. Por ello Salafia considera que existe una necesidad de discurso: “Si la necesidad del instinto responde a la relación del individuo biológico con la especie, la necesidad de discurso responde a la necesidad del sujeto respecto de la especie de los seres hablantes” (Salafia, 1990, p. 6)

No obstante, a pesar de estos desencuentros el sujeto se hace de algo que funciona a modo de discurso auxiliar, ello es lo que nos da la pauta de la necesidad del discurso, es decir, de lazo con otros. Aclara Salafia: “cuando el sujeto queda por fuera del discurso necesita de algo que funcione como discurso auxiliar” (Salafia, 1990,p.44)

Por ello, Salafia propone la posibilidad de un discurso auxiliar, un discurso que auxilie al ser hablante, para no quedar fuera del lazo social. De este modo aclara sobre la función de este discurso auxiliar, consistente en restituir al sujeto ante todo aquello que sea amenaza de quedar fuera de discurso. Por tanto, el discurso auxiliar sería una modalidad de arreglárselas en el lazo social. En este sentido, en las adiciones, podría ocurrir que el objeto esté cumpliendo una función para mantenerse en el lazo social, en conexión con el planteamiento del *discurso auxiliar* de Salafia.

Conocidas son las jergas en torno al consumo de sustancias, un código de habla y entendimiento entre aquellos que la consumen: “Aquel esta re cajetilla, todo el día así esta”; decía un usuario de la comunidad terapéutica refiriéndose a otro. “Tengo unas ganas de ir con los pibes a lo de mecha, a buscar esos tubitos” Comentaba otro usuario

refiriéndose a un búnker cercano al lugar. Vislumbramos entonces que alrededor del objeto de consumo se construye, se establece un entramado discursivo que permite hacer lazos con otros.

## **Discursos**

Antes de continuar, me parece relevante remarcar que existen diversos discursos que se ocupan del fenómeno de la adicción. El discurso que practico es el psicoanálisis. Este, hace lugar al sujeto del inconsciente, a su deseo, a la escucha de lo que el sujeto tiene por decir. La práctica de este discurso apuesta a reflexionar sobre la función del objeto en cada caso particular.

Ahora bien, no podemos omitir que existen otros discursos que se ocupan de este fenómeno, brevemente voy a desarrollar algunas características de los mismos para diferenciarlos del discurso psicoanalítico. Tomemos por caso el modelo abstencionista-prohibicionista, Benedetti (2015) lo describe como aquel que postula que la causa de consumo es la sustancia psicoactiva: “como si la sustancia per se causara la adicción, la sostuviera y la trasladara progresivamente a drogas más duras, sin considerar al sujeto y al vínculo establecido.” (Benedetti,2015,p.30). Este modelo abstencionista, se encuentra atravesado por el discurso médico-jurídico y moral religioso. Desde esta perspectiva, se apunta a lograr la abstinencia del objeto droga como condición de tratamiento. Existe desde este modelo una sobrevaloración del objeto, considerando que el objeto es causa de la adicción, sin preguntarse qué función ocupa el mismo.

En este modelo, el tratamiento se centra en la supresión del consumo. El individuo es nominado como enfermo, las situaciones de consumo son vistas como

recaídas y el consumo problemático como enfermedad. Pareciese que allí no hay nada por escuchar, se omite al sujeto, a su padecimiento y a su deseo, con el sólo fin de que abandone la/s sustancia/s que consumía.

De esta manera su lógica gira en torno al mandato, al deber ser, la moral: *No consumes*. Conocidos son los casos de comunidades terapéuticas donde se plantea el ingreso a este tipo particular de discurso, se propone como un modo de darle sentido al mundo. Pero el sujeto entra en esa comunidad bajo ciertas reglas e imperativos internos, uno de estos imperativos es renunciar al objeto de consumo. Ello puede tener efectos devastadores, ya que, el propio cuerpo podría quedar como objeto de un superyó sumamente severo en pos de eliminar todo resto.

Así, los individuos permanecen en el lazo social, pero a costas de un verdadero sometimiento superyoico; aumentando el autocastigo. Está claro que este posicionamiento se enfoca en un ideal, sosteniendo un mandato-superyoico-, alejándose ferozmente de las vías del deseo.

Desde esta modalidad de tratamiento se ofrece la misma solución para todos. No importa la singularidad de cada sujeto, lo esencial es que se acate órdenes en pos de obturar el deseo. En sentido contrario opera el discurso psicoanalítico, provocando interrogantes que conciernen al deseo de cada sujeto en particular, abriendo de este modo la pregunta acerca de qué lugar ocupa el objeto y que función cumple allí.

### **Para finalizar**

La problemática del objeto en las adicciones es abordada por diversos discursos, cada uno de ellos tiene un abordaje diferente del fenómeno en cuestión. En ese sentido, existen discursos como el médico-jurídico que en los últimos años se han encargado de

nominar al objeto de consumo como *droga* criminalizando y degradando las representaciones sociales de su consumo. En relación a ello, existen temores y prejuicios en relación a las adicciones, que tienen como efecto situar el consumo en un marco de ilegalidad, delincuencia y marginalidad. Estos discursos proclaman el modelo abstencionista - prohibicionista, que apunta a la abstinencia del objeto *droga* como condición de tratamiento. De este modo, existe una sobrevaloración del objeto en cuestión, considerándolo causa de la adicción, sin preguntarse qué función ocupa el mismo.

Por otro lado, la práctica del psicoanálisis permite abrir el interrogante por la función que el objeto ocuparía en las adicciones. Una primer posible hipótesis que desarrolle en este ensayo es que el objeto de consumo estaría de alguna manera en relación al objeto *a*. En ese sentido, sabemos por Lacan, que la única traducción de este objeto *a*, es la angustia y que a su vez, esta última es condición de deseo. Encontramos que habrían determinados objetos que podrían cancelar esta angustia, tapando y velando este objeto *a*, la falta. En efecto, estos objetos podrían velar ese vacío como una modalidad de arreglárselas con la falta de objeto, con el *a*. Por ello, sería conveniente reflexionar sobre cómo el consumo compulsivo de determinados objetos se llevan a cabo para mitigar la angustia generada por la existencia humana.

Además, el discurso psicoanalítico también me permitió entender que posiblemente se consume no solo *aunque* la sustancia haga mal, sino también *porque* hace mal. En el desarrollo del ensayo remarque que pese a la cantidad de propaganda acerca de lo malévolo de la *droga*, los usuarios no cesan de consumirla. Este consumo compulsivo del objeto está marcado por la repetición, la misma no escapa a la paradoja que

supone cierto tipo de goce: allí conviven el placer y displacer. Esta conceptualización, abre las puertas a nominar a la sustancia bajo su antiguo nombre: Pharmakon, el valor de este término reside en que tiene un doble sentido: por un lado es remedio y por otro es veneno. Esta manera de entender y nominar al objeto de consumo, permite corrernos de prejuicios y estigmatizaciones en pos de reflexionar sobre la función que efectivamente está cumpliendo la sustancia allí. En ese sentido, el pharmakon permitiría aliviar de un malestar que no es ajeno al vínculo con otros, esto es: el par amor-odio.

Luego, tomando la definición de discurso auxiliar, elaborada por Anabel Salafia, es posible pensar que alrededor del objeto de consumo se construye un entramado discursivo que le permitiría al sujeto sostenerse en el lazo social. Este movimiento tiene como efectos generar un código de entendimiento entre aquellos que lo comparten, hábitos en común, gustos y jergas que permiten sentirse parte de una comunidad. Teniendo en cuenta esto, resulta fundante pensar los efectos que podrían desplegarse debido a las intervenciones propuestas por los modelos abstencionistas que, prohibiendo a secas el consumo, desconocen la función que el objeto podría estar cumpliendo en cada caso.

En definitiva, es necesario remarcar que la práctica del psicoanálisis brinda la oportunidad de interrogar sobre la función del objeto en cada caso en particular. Para ello, el camino es la palabra, soportar la angustia que conlleva hablar de aquello que nos compromete no es fácil, pero es la vía a seguir.

En ese sentido, discrepo de otros discursos que se enfocan en la mera prohibición del objeto, llevando a cabo un tratamiento desde el mandato y la moral: *No consumas*. Se

impone de ese modo el artificio domesticador por excelencia: la culpa, si hay culpa hay castigo. Allí, la verdad es universal, y existe un Ideal de Salud. Esta modalidad de tratamiento ofrece la misma solución para todos, no importa la singularidad de cada quien, lo esencial es que acate órdenes en pos de obturar su deseo. En sentido contrario opera el discurso del psicoanálisis, problematizando el lugar que el tóxico ocupa en cada sujeto y que función cumple allí. Por tanto, la práctica del psicoanálisis implica provocar interrogantes que conciernen a cada situación en particular. En definitiva, es interesante pensar los efectos de una apuesta que tiene que ver con que allí no hay un individuo que debe ser adiestrado, castigado por consumir. Sino que allí hay un sujeto que nos llama mediante aquello que muestra/dice y que, algo quiere tapar/aliviar con aquello que consume.

### **Referencias bibliográficas:**

- Benedetti, E. (2015) "Hacia un pensamiento clínico acerca del consumo problemático". Buenos Aires, Argentina: Ediciones Licenciada Laura Bonaparte
- Cesar gonzalez (2010) "Droga, Economía alternativa, Realidad y habito".  
<http://revistatodopiola.blogspot.com.ar/>
- Sigmund, F (1930) "El Malestar en la cultura" Ed. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina
- Galende, E. (2008). Psicofármacos y salud mental: la ilusión de no ser. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Lacan, J. (1963) Seminario X. La angustia. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Salafia, A. (1990) "Esquizia y necesidad de discurso". Ed. Lugar Editorial. Buenos Aires, Argentina